APUNTES DE LECTURA

La oración está en la mirada

Nosotros nos miramos a nosotros mismos. Pero Francisco tiene elevada la mirada, amorosamente absorta en su Dios, en Jesús, en María, en la Historia de la Salvación, en el hombre, en la creación, abrazando el tiempo y la eternidad.

Por eso, quizá nos desconcierta. No podemos seguirle. A nosotros nos va un estilo de oración que explicita más la subjetividad: la experiencia sentida o las actitudes éticas. Por ejemplo, aquella oración, falsamente atribuida a Francisco: «Señor, hazme instrumento de tu paz», sin duda refleja el espíritu franciscano de autodonación y reconciliación; pero, a la luz de sus escritos, nos resulta ajena.

Hay una diferencia cultural entre Francisco y nosotros. Él está dentro de una cosmovisión de lo dado en Cristo, forma de ser del hombre. Nosotros atendemos a la individualidad y su historia, a la experiencia subjetiva y sus procesos. Pero, precisamente por ello, la oración de Francisco nos señala lo esencial: en la persona todo depende de la mirada.

En la mirada se da el encuentro, y la mirada configura la relación.

Creer consiste en percibir la mirada de Dios que se vuelve a nosotros. Esperar es ensanchar la mirada al horizonte de la promesa de Dios. Y amar, amar sólo tiene sentido cuando alguien me saca de mí mismo y me permite ser en él.

Orar es cuestión de mirada.

Y correlativamente: la mirada es cuestión de oración.

Con todo, advirtamos que la mirada a la subjetividad está prevista en el conjunto de los escritos. Los Avisos espirituales conllevan una atención continuada a los presupuestos antropológicos de la experiencia de Dios. La mirada trascendida en la oración no excluye el discernimiento reflejo de la interioridad personal.

1. Oración ante el Cristo de San Damián (OrSD)

Las resonancias de esta oración se acrecientan si las situamos en el contexto concreto en que Francisco está viviendo. Para ello, sería conveniente leer la primitiva biografía de los *Tres Compañeros* 5-13.

Pero, sin duda, su contenido tiene carácter universal, y expresa las actitudes y deseos más hondos en todo proceso de conversión.

La conversión, en cristiano, comienza por este volverse a Dios, fuente de luz. Dios no es una idea o un vago fundamento de sentido, sino Alguien viviente y absoluto. Por ello, la experiencia realiza, simultáneamente, nuestra identidad personal más íntima y el encuentro con el Se-ñor, haciéndonos disponibles a su voluntad.

No hay conversión sin iluminación de la condición humana (las tinieblas del corazón) y conciencia de ser llamados a una existencia nueva, según Dios. Los dinamismos de esta vida son teologales (fe, esperanza y amor) e implican a la persona entera, en proceso de transformación (sentido y conocimiento).

2. Exhortación a la alabanza de Dios (ExhAlD)

Da la impresión de una oración a borbotones. O quizá, mejor, de un conjunto de frases memorizadas, con las que Francisco se desataba en sus momentos de gozo incontenible. ¿Eran acaso los temas constantes de su celebración: la grandeza de Dios, la obra de la creación y de la redención, Cristo, María, la Iglesia en comunión viva con la naturaleza, la Santísima Trinidad?

Si la nobleza y magnanimidad de una persona está en su capacidad de alabanza, de vibrar al unísono con cada criatura, de celebrar la fiesta de la vida, de percibir toda la realidad iluminada por la presencia del Dios creador y salvador, Francisco es un paradigma.

Pero no idealicemos su figura. La pregunta que nos viene es: ¿cómo llegó aquí? Francisco nos diría que todo es pura gracia, obra de Dios, único digno de recibir gloria y honor. Y tal vez añadiese: Todo consiste en reconciliarse con nuestro ser de criaturas y en dejar a Dios ser Dios.

3. Alabanzas que se han de decir en todas las Horas (AlHor)

¿Por qué es necesario adorar, ensalzar y dar gracias a nuestro Dios en todas las Horas, como lo hace la Iglesia, como lo hizo Jesús, vuelto siempre al Padre?

La respuesta está en la mirada de nuestro corazón, si es capaz de percibir la presencia de Dios y su acción salvadora y su amor infinito, que lo renueva todo.

Vivir habitualmente en la presencia de Dios, sorprendidos y agradecidos, tal es el secreto de los santos.

Evidentemente, es un don; pero implica a la persona entera en un proceso de transformación. Dos actitudes lo posibilitan: primera, vigilancia interior en todo, es decir, capacidad de dar densidad y sentido a la vida diaria, a los acontecimientos, a las relaciones, desde la fe; segunda, capacidad de salir de sí, de extrañarse, de admirar, de gozar con la propia pequeñez y con el don siempre mayor, que es Dios mismo.

4. Paráfrasis del Padre nuestro (ParPN)

La historia de su identidad personal y de su conversión está atravesada por la figura del «padre». Francisco, en crisis con Pedro Bernardone, desheredado, descubre el origen de toda paternidad en el cielo y en la tierra, y la canta por la campiña de Asís. (Leer la primera *Vida* de Celano 13-16, y la segunda del mismo, 12).

En toda historia de creyente la relación con Dios depende de la imagen que tengamos de él. No se trata de una idea que racionalmente nos hacemos de Dios, sino de la experiencia vivida. Actualmente se insiste, con razón, en estos presupuestos sicoafectivos.

Francisco nos ofrece la experiencia de Dios Padre en la cima de la unión mística, a la luz de la Revelación cristiana. Cada uno hemos de hacer nuestro camino. Que la altura teológica y espiritual de Francisco no nos impida ser conscientes de nuestra realidad.

5. Oficio de la Pasión del Señor (OfP)

Primera clave de lectura: orar es revivir la oración de Jesús en nosotros.

En este *Oficio*, el que se diri ge al Padre es Jesús, especialmente en los salmos suplicatorios, en que aparece como el Siervo de Yahvé, inocente perseguido, hasta la muerte.

Jesús nos enseñó a orar a partir de su propia experiencia de Dios Padre y de su reino. Somos hijos en el Hijo. Jesús actualiza permanentemente en la Iglesia,

mediante su Espíritu Santo, sus actitudes más fundamentales respecto a Dios y respecto a los hombres. Nos hacemos seguidores de Jesús personalizando dichas actitudes.

* * *

Segunda clave de lectura: orar es contemplar y participar en la historia de la Salvación, especialmente en los llamados «misterios» de Jesús.

Lo hemos visto anteriormente: la oración de Francisco está enraizada en el Dios de la Revelación e iluminada por él, en el contacto inmediato con la Sagrada Escritura y los acontecimientos salvíficos que celebra la liturgia cristiana. Este *Oficio* recorre, literalmente, desde el Adviento hasta la Ascensión, el Misterio de Cristo.

Sin esta humanidad del Hijo (encarnado, sufriente, muerto y resucitado), sin este realismo histórico de la fe, la oración cristiana pierde su fuente primaria de identidad.

* * *

Tercera clave de lectura: orar es hacer del Misterio Pascual, la muerte y resurrección de Jesús, no sólo el centro de la Revelación, sino también de la existencia cristiana.

«Jesús basta para todo», dirá Francisco en otro lugar (1R 23,5). Jesús, el entregado por nosotros, el resucitado para ser nuestra vida; Jesús, el mediador único; Jesús, nuestro maestro y nuestro camino, nuestro hermano y nuestro Señor.

Esta concentración cristológica de mirada y praxis, de contemplación y existencia, define lo nuclear franciscano.

* * *

Cuarta clave de lectura: la oración cristiana exige la sabiduría de la fidelidad a la Revelación. Si pierde su sentido de lo dado en la Palabra y se desequilibra, termina ahogada.

Bastaría analizar el salmo 15 de este *Oficio* para constatar el admirable instinto espiritual de Francisco: la imagen de Jesús recoge en unidad los extremos (humanismo del Hijo de Dios, hecho niño pobre y desprotegido, y majestad del Señor resucitado, el más excelso de los reyes de la tierra). En este punto, Francisco ha sido mal interpretado por la evolución posterior de la espiritualidad, unilateralmente centrada en el Jesús histórico, prepascual.

El mismo instinto de equilibrio aparece en otros grandes temas de la experiencia espiritual, por ejemplo: trascendencia y cercanía de Dios, adoración anonadada y confianza filial, alabanza exultante y súplica angustiada, conciencia de pecado y agradecimiento total.

* * *

Quinta clave de lectura: Lo más personal es, simultáneamente, lo más comunitario, eclesial y universal.

Este *Oficio* no era el oficial obligatorio, que se establece en las reglas, sino votivo, de devoción personal. Pero su aliento es el mismo, el de la Iglesia.

Hay textos en que prevalece la intimidad de relación con Dios y textos que convocan al universo entero. Sin ruptura, en coherencia dinámica, que nace de la misma experiencia.

6. Saludo a la bienaventurada Virgen María (SalVM

7. Saludo a las virtudes (SalVir)

María es el reflejo de Dios y, como tal, la persona nueva, en quien se hacen transparentes las virtudes cristianas. Francisco corteja a su Señora y, en torno a ella, a las virtudes que la acompañan. Ella y ellas son el ideal de vida cristiana: deseadas, pedidas, practicadas.

El conjunto nos da el retrato del cristiano, del hombre nuevo que nace de la autodonación de Dios en Cristo. Anotemos:

– la asociación paradójica de los binomios de virtudes. Porque la obra del Espíritu es síntesis de contrarios: a más sabiduría, más sencillez, y viceversa; a más pobreza material, más humildad espiritual; a más amor, más obediencia;

– ¿son las 6 virtudes preferidas de Francisco? Probablemente;

– Francisco no sublima, haciendo de las virtudes un mundo armónico sin conflictos. Por el contrario, las virtudes suponen la conciencia radical de nuestro pecado, la tensión permanente hacia un ideal nunca alcanzado, lo dramático de las tendencias contrarias (los vicios), la lucha interior (tentaciones y miedos), el realismo de la muerte de sí mismo...;

– lo que dice de la obediencia incluso «a las bestias y fieras» es estremecedor. Francisco nos adentra en la locura de la Cruz. Por eso, obediencia y amor son inseparables, porque se trata del amor «hasta el extremo», del principio de la no-violencia hasta las últimas consecuencias.

8. Alabanzas al Dios altísimo (AlD)

9. Bendición del hermano León (BenL)

Letanías del corazón creyente, olvidado de sí, trascendido, totalizado. Cuando sólo Dios es.

De Dios se puede decir todo. Pero si ponemos la mano en el corazón, con plena honradez, ¿qué podríamos decir de Dios como experiencia personal?

Francisco expresa lo que le desborda. ¿Qué historia de amor ha hecho posible semejante explosión de alabanza?

De Dios dice Francisco sostenidamente, deslumbrado, sobrecogido, que es el bien (v.3). ¿Qué quiere decir? No sólo que es bueno, no sólo que contiene todos los bienes para el hombre, no sólo que es la fuente inagotable del ser, no sólo que es el Amor eterno que se autocomunica, no sólo que se nos da como bien gustado hasta la saciedad y nunca acabado... Si pudiéramos entrever su experiencia...

Tal es la vocación de la persona humana: Dios.

Y tal es el consuelo mejor que Francisco puede ofrecer a su amigo León en sus horas de oscuridad.

10. Cántico de las criaturas (Cánt)

Un solo tema, el eterno: su Dios altísimo y bueno.

Un solo dinamismo: el amor, que convoca en la fraternidad universal a todas las criaturas.

Una experiencia definitiva: el Misterio Pascual, la glorificación en la vida y en la muerte.

Pero nosotros tendemos a leerlo en clave romántica, inducidos por la simpatía hacia la naturaleza y hacia la sensibilidad humanista de Francisco. Olvidamos que fue fruto logrado de un proceso de transformación, configurado por el seguimiento de Jesús, pobre y crucificado.

El místico cristiano no es alguien que ha roto las fronteras de lo humano en aras de no sé qué fuerzas parasicológicas, sino un hijo de Dios, que ha recobrado la capacidad de percibir la presencia luminosa de Dios en toda la realidad y a quien se le ha dado amar a la medida del corazón de Dios.

Quizá la herencia más preciosa que nos ha dejado Francisco sea, cabalmente, este *Cántico de las criaturas*. Por lo que representa de síntesis entre teocentrismo y humanismo. Él la realizó en un momento capital de la historia de Occidente, cuando alboreaba una nueva imagen del mundo. Es también, en un contexto distinto, nuestro desafío de creyentes hoy.